

prueba la publicacion de este mismo vejámen, que en el libro impreso tiene desfigurados los nombres propios, convencido el editor de que nada ganarian los vejados ni el que los vejó con que fuera de la Academia corriese un escrito destipado á excitar la risa en una ocasion, y que hubiera debido rasgarse despues. Aquí se han restituido los nombres de los poetas, tomándolos de un manuscrito que se halla en la Biblioteca Nacional, del cual se ha copiado tambien un gran trozo inédito correspondiente á la carta de Sirene á Leopanto ó Pantaleon.

(13) *Debia vivir retirado.*

Se infiere de estas expresiones de Fabio Franchi, en las exequias poéticas de Lope, que se citarán despues de estas notas.

«Preghiamo V. M. che ordini a mezza dozzina de' suoi luminari che *cerchino minutamente* DON GIO. D'ALARCON.»

Escondido debia vivir, cuando se pedia que le buscasen escrupulosamente.

(14) *Sus damas pecaban de egoistas y prosáicas...*

Anarda en *Los favores del mundo*; en *Las paredes oyen*

doña Ana de Mendoza, y doña Ana Ramirez en *El tejedor de Segovia*; la Marquesa en *El examen de maridos*, y las dos damas, tia y sobrina, en *Mudarse por mejorarse*, tienen fisonomia bella, carácter amable ó virtuoso, y tal vez algun rasgo magnifico; pero la mayor parte de las mujeres pintadas por ALARCON aparecen de mezquina indole y facciones comunes; obran mal á sangre fria, su travesura carece de gracia, dicen que aman, y su amor no se ve: defecto gravisimo, porque entibia muchas escenas, bien discurridas y versificadas por otra parte. Quizá ALARCON, á causa de su mala figura, no habia sido muy bien tratado por las mujeres en general, mereciendo solo excepcional aprecio de alguna buena señora como la doña Ana de *Las paredes oyen*, nombre que por eso repitió con cierto cariño en sus obras. Tampoco libró ALARCON muy bien con los hombres; mas para pintarlos virtuosos y grandes, no necesitaba ir léjos á buscar el dechado; con escribir como pensaba tenia bastante.

Las damas de *El desdichado en fingir* tienen la desenvoltura que se advierte en muchas de las que introducian en sus comedias los dramáticos españoles del siglo xv: tal vez sea esta la primera obra de DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

ARTÍCULOS CRÍTICOS

ACERCA

DE LAS OBRAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

I.

DE FABIO FRANCHI.

ESSEQUIE POETICHE, ovvero *Lamento delle muse italiane in morte del signor Lope de Vega* (tomo xxi de las Obras sueltas de Lope, Madrid, 1779, pág. 57).

Rogamos á vuestra majestad (á Apolo) mande á media docena de sus luminaires que busquen cuidadosamente á DON JUANE ALARCON, y le encarguen que no olvide el Parnaso por la América, ni la ambrosia por el chocolate, sino que escriba muchas comedias como la del *Menti-*

roso y la del *Exámen de maridos*, en la cual se examinó de doctísimo artifice; pues no habrá otro mejor en el teatro, como haga que algunos de sus segundos actos acaben con más vigor su carrera.

II.

DE DON PEDRO FRANCISCO LANINI Y SAGREDO (1).

Ramillete de sainetes escogidos de los mejores ingenios de España (Zaragoza, por Diego Dormer, 1672).

PINTURA DE LOS POETAS MÁS CONOCIDOS

(aplicada á una hermosura).

Atencion al parnaso
De una belleza,
Que se retrata al temple
De los poetas.
Tan gallardo es el arte
De aquesta dama,
Que Calderon sin duda
Le hizo la traza.
La cumbre de su pelo
Corona Apolo,
Y es, sin ser *Garcí-laso*,
Matos Fragoso.
Su frente es de *los Vélez*
Por la grandeza,
Y en lo claro parece
Lope de Vega.
A sus cejas nunca
Pudo ver *Cáncer*;

MAS DE ALARCON OSTENTAN
DIVINIDADES.
Son con *Mira de Améscua*
Sus ojos bellos
Algo qué de *Solises*
Y algo *Moretos*.
Es su nariz perfecta,
Si se repara,
Por prodigio más nuevo,
Villa-mediana.
Tirso y el *Vicentino*,
Junto á sus labios,
Se avergüenzan de verso
Tan colorados.
El morder de *Quevedo*
Tiene entre dientes,
Y es su lengua de *Ulloa*
Pico y Canente.

En su boca es su aliento,
Por los azáres,
Don Antonio Mendoza
Junto á *Bocángel*.
Para su garganta
Los Argensolas
Le pidieron lo fresco
A Villaviciosa.
Cóngora, al ver su talle,
Le dice á *Hortensio*:
«No echaron nuestras obras
Tan lindo cuerpo.»
Son sus brazos airosos;
Mas no he encontrado
Con ingenio ninguno
Que tenga brazos.
Zárate por lo heroico
Las manos gana,

Y el *Camoens* de barato
Lleva las palmas.
Pantaleon su pié glosa
Con *Benavente*,
Y así cifran en poco
Mucho juguete.
Lo que no se retrata
Sepa el curioso
Que *Montalban* no puso
En *Para todos*.
Mas quien lo consiguere,
Tenga por cierto
Que no leerá los *Ocios*
De *Rebolledo*.
Los demás del Parnaso
Que no se han visto,
En las faldas del monte
Van escondidos.

(1) Este no es artículo crítico; pero en solas dos breves líneas incluye el mayor elogio que de ALARCON se hizo en su tiempo: trasládase por eso aquí, esperando que no desagrade al lector.

En el libro donde se halla, hay tambien un entremes de ALARCON, titulado *La condesa*: tan lastimosamente desfigurado está, que me he abstenido de reimprimirle.

III.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

OBRAS LITERARIAS DEL MISMO. — Apéndice sobre la comedia española.

También pertenece al mismo género moral, no menos provechoso que entretenido, la comedia de DON JUAN RUIZ DE ALARCON, *La verdad sospechosa*, en la que se ve á un mancebo de ingenio y buenas prendas afeárselas todas con el vicio de mentir á destajo: si por casualidad se le suelta un cabo, lo enlaza al punto con destreza; si le cortan un nudo, le afianza con mil; pero al fin queda envuelto en las mismas redes que tejía, y deshace por su despreciable vicio el casamiento que anhelaba. «El argumento me ha parecido tan ingenioso y bien manejado (decía Corneille hablando de esta composición), que he dicho muchas veces que daría dos de los mejores que he compuesto, con tal que esta fuese de mi invención...» «Sea cual fuere su autor, lo cierto es que ella tiene gran mérito; y no he visto nada en aquella lengua que me agrade más.» Nada tan honroso como el voto de ese gran maestro: y efectivamente son muchas y muy recomendables las prendas que adornan la citada comedia, pues á su feliz invención añade la dicción purísima, un estilo en general terso y limpio, agudeza en los chistes con urbanidad y decoro, y facilidad y gracia en la versificación, sin incorrección ni desaliño.

Se conoce que ese feliz ingenio atinó cumplidamente con el fin que debe proponerse un autor cómico; y en otra composición suya, intitulada *Las paredes oyen* (mucho menos conocida que *La verdad sospechosa*, pero que puede servirle de pareja), se ve censurado con mucha facilidad y donaire el vicio de un joven maldiciente: este carácter, más propio de la verdadera comedia que el que descubre *El mal hombre*, que tantos elogios ha valido á Gresset, se halla desenvuelto con arte y maestría, presentando este drama una lección muy provechosa, pues un mozo dotado de cualidades bizarras y querido de todos, pierde por solo su mala lengua la mano de la mujer que ama. El fin moral de esta comedia se encierra en los siguientes versos, con que concluye:

Suplico á vuesasmercedes
Miren que oyen las paredes,
Y á toda ley, hablar bien.

Antes del gran Corneille valían tan poco las comedias francesas, que las primeras que ese autor compuso, aunque de escaso valer, parecieron muy bellas, comparándolas con las de Hardy y otras semejantes, á que estaba acostumbrado el público. Así no nos maravillamos de que nos diga Fonnetelle, en la Vida de aquel célebre poeta y aludiendo á una de sus comedias, «que está casi enteramente tomada del español, según la costumbre de aquel

tiempo;» ni que afirme en otra parte, «que entonces se tomaban casi todos los argumentos de los españoles, por lo mucho que en tales materias sobresalen.» Conforme también con este testimonio, decía Voltaire en sus *Comentarios*, y aludiendo al tiempo de Corneille, «que los españoles ejercían en todos los teatros de Europa el mismo influjo que en los negocios públicos; y limitándose, en otro de sus escritos, á hablar de su propia nación, se expresa de esta suerte: «Forzoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética y la primera comedia de carácter que hayan dado á Francia celebridad;» aludiendo en la primera parte de su proposición al *Cid*, y en la segunda á *El mentiroso*, también de Corneille. Este escritor confesó ingenuamente que su obra no era sino una copia de un excelente original, que tenía por título *La verdad sospechosa*; y tan prendado estaba de sus bellezas, que la llama entusiasmado *maravilla del teatro*, no dudando asegurar que «no ha hallado nada que se le parezca en antiguos ni en modernos».

Ya sería no poca gloria para el autor español de esa comedia haber contribuido á la primera de mérito y renombre que viera el teatro francés; pero quiso su buena dicha que lograrse todavía un influjo más lisonjero. «No es la citada obra de Corneille (decía Voltaire) sino una traducción; pero probablemente á esa traducción es á la que debemos Molière. Es imposible, en efecto, que Molière haya visto esa composición sin descubrir al punto la singular ventaja que lleva ese género á todos los demás, y sin haberse dedicado enteramente á él.»

Lo que solo proponía ese crítico famoso cual conjetura suya, puede ya asegurarse como hecho cierto; pues no cabe prueba mas convincente que la que he hallado en una carta en que el mismo Molière decía á Boileau: «Mucho debo al *Mentiroso*: cuando se representó este, ya tenía yo deseos de escribir; pero me hallaba dudoso acerca de lo que escribiría; mis ideas aun estaban confusas, y esa obra las fijó...» «En fin, sin el *Mentiroso* hubiera compuesto sin duda algunas comedias de enredo, *El Atolondrado*, *El despecho amoroso*; pero tal vez no hubiera compuesto *El Misántropo*...»

Tal fué el mejor fruto de la comedia de Corneille, y de que ciertamente debe gloriarse el teatro español, que suministró el preciado original, con cuya hermosa imitación logró tantos aplausos ese célebre dramático, que publicó luego una *Continuación del mentiroso*, expresando con laudable sinceridad «que había tenido razon en decir que no sería aquel el último empréstito ó hurto que haría á los españoles».

IV.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

ENSAYOS LITERARIOS Y CRÍTICOS, POR EL MISMO.—Sevilla, 1841.

Uno de nuestros mejores poetas dramáticos del siglo XVII, superior á todos en la corrección del estilo, é inferior á muy pocos en la originalidad de los pensamientos y en el artificio dramático. Muy cortas noticias biográficas tenemos acerca de DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA. Solo sabemos que fué contemporáneo de Montalban, que le cita en el *Para todos*. Sus apellidos anuncian la nobleza de su cuna, y más aun la urbanidad caballerosa y siempre sostenida de su lenguaje, y los sentimientos generosos que atribuyó á sus personajes. Es el que más se acercó á Calderon en estas dos calidades (1).

Las comedias que conocemos de él son de varias especies. Entre ellas merecen el primer lugar las de costumbres, y más que todas, *La verdad sospechosa*, que sirvió de tipo al gran Corneille para escribir su *Menteur*, primer drama cómico del teatro francés que tuviese mérito. Hay otras comedias de ALARCON que pertenecen al género trágico, como *La crueldad por el honor*, *El dueño de las estrellas*, *Lo que mucho vale mucho cuesta*; las hay, en fin, de capa y espada, y heroicas. Las dos partes del *Tejedor de Segovia* pueden colocarse en la clase de románticas ó novelescas.

En todas ellas se reconocen como las principales dotes de ALARCON, el arte de interesar, que es el alma de la poesía dramática, y la gracia, facilidad y valentía de la expresión con lenguaje esmerado y correcto: esta última prenda es muy poco común en nuestros escritores dramáticos, ya pervertidos por los vicios del gongorismo, de la sutileza y de los conceptos de su siglo, ó ya obligados por la precipitación á dejar mal limadas sus obras. Podrán tal vez notarse algunos trozos demasiado poéticos, mas no aquellos otros defectos. Tiene nobleza y sencillez, versificación pura y sostenida; adapta el lenguaje al carácter del personaje; en fin, puede mirarse como uno de los padres del idioma en una época en que ya comenzaba á pervertirse.

La dirección de la fábula es la misma que la de Calderon; á quien tomó por modelo en esta parte (2); pero le excede en la descripción de los caracteres, muy poco variada en aquel rey de la escena. ALARCON los supo variar y contrastar, y tres de sus comedias, *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen* y *La prueba de las promesas*, pueden sufrir la comparación con las de Terencio, á quien se parece mucho nuestro autor en la elegancia de la dicción y en las intenciones morales de la fábula.

Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes; y á los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase. El gusto de ALARCON estaba

(1) Pero téngase presente que ALARCON escribió antes que Calderon.

(2) Calderon nació en el año 1600, cuando ALARCON debía ya de haber escrito algunas comedias.

más exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo en bellezas.

Las comedias que hemos leído de él son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. Leyendo á Moreto, nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. ALARCON no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecía imposible despues de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporción con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas.

¿Por qué un poeta de tanto mérito, no solo como autor dramático, sino también como hablista, ha sido tan olvidado de nuestros literatos, que apenas eran conocidas sus obras, y de nuestros actores, que no las representaban? ¿Cosa extraña! El mérito de ALARCON era reconocido en toda Europa, que aplaudía *El Embustero* de Corneille; y en su misma patria era tan ignorado, que un mal poeta del tiempo y de la escuela de Comella hizo en dos malos actos una mala imitación de la pieza francesa, sin que el público, ni aun quizá el mismo zurcidor, supiesen á quién se debía el pensamiento original. Hé aquí uno de los frutos de la reacción de Montiano y de Moratin el padre. Este gran título y otros muchos de nuestra gloria fueron condenados al olvido por la injusta proscripción de nuestro antiguo teatro, tan injusta por lo menos como la quema absoluta de la librería de don Quijote, hecha por el ama y la sobrina. Pero los partidos literarios, así como los políticos y los religiosos, no atienden nunca á la gloria nacional. El fanatismo es su única guía.

Cuando el teatro español, abrumado con las producciones ridículas del último tercio del siglo pasado, volvió á dar permiso para representar algunas de nuestras comedias antiguas, una sola se representó de RUIZ DE ALARCON, y aun esa, no como suya, sino como de Lope de Vega, á quien se atribuyó en ediciones falsificadas. Sería muy difícil explicar la razón de este olvido en la misma época que resucitaba Tirso de Molina, despues de cerca de dos siglos que desapareció de la escena; porque hasta las preocupaciones del tiempo eran favorables á ALARCON, el más regular, el más clásico, por decirlo así, de todos los autores cómicos que fueron contemporáneos suyos.

Tenemos entendido que en estos últimos años se le ha hecho la justicia que merece, y que se han representado con aplauso sus dos mejores comedias de costumbres, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*. En Francia, donde ya era conocido su nombre, por la ingenuidad noble de Corneille, que siempre citó las fuentes de donde sacaba los argumentos de sus dramas, se conocen también las comedias de nuestro poeta; y en una de las innumerables colecciones literarias que se publican en París hemos visto el análisis de algunas de ellas. Nada falta ya á la glo-

ria de este ilustre escritor, tan menoscabada mientras vivió por los envidiosos y los ladrones literarios, que imprimieron sus obras bajo otros nombres, según consta de las quejas del mismo ALARCON en el prólogo de la genuina que publicó.

Este poeta no es de aquellos que para conocerlos debidamente basta examinar una ó otra de sus piezas y presentar muestras de su estilo. Siendo, como es, original en todas sus producciones, es preciso examinar las comedias de mérito que escribió, y solo deberán exceptuarse las que, ó por haber sido compuestas en su primera juventud, ó en momentos en que la inspiración dormía, carecen de los rasgos y situaciones dramáticas interesantes, que tanto abundan en sus piezas escogidas. Estas perte-

necen á diferentes géneros, y debemos mostrar la habilidad del escritor en cada uno de ellos. Empezaremos pues por las de costumbres, que, á pesar de cuanto digan los sectarios de la escuela de Victor Hugo, serán siempre las más apreciadas de la porción instruida del público; porque son las que cumplen más directamente la condición impuesta por Horacio á los poetas dramáticos, de mezclar lo útil con lo agradable. Lope de Vega, en su *Arte de hacer comedias*, dice que las escribía él mismo á despecho de Terencio. ALARCON, sin alterar las formas dramáticas introducidas por el fundador de nuestro teatro, estudió é imitó perfectamente al cómico latino, cuyo mérito consiste no tanto en la disposición de la fábula, como en la instrucción moral que resulta de ella.

V.

DEL SEÑOR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, año 1831, número perteneciente al día 30 de noviembre.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma corrección y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Corneille*, que imitando, ó más bien traduciendo, la preciosa comedia de *La verdad sospechosa* (*Le menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro RUIZ DE ALARCON como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas hizo alarde este autor singular, en contraposición á los grandes extravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intención moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distinguen por una admirable economía y sencillez en la acción, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes, y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una corrección tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos de comedias se publicaron de ALARCON: la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habían sido atribuidas á otros autores, y lo expresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabe (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El examen de maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños: culpa de los impresores, que les dan los que les parece; no de los autores á quien las han atribuido, cuyo mayor descuido luce más que mi mayor cuidado; y así, he querido declarar esto más por su honra que por la mía;

que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia, etc.»—Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias de *Las paredes oyen*, *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, que el mismo señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de ALARCON (dice aquel eminente poeta y crítico) son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones.—Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. ALARCON no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecía imposible después de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporción con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas.»—Y en otra parte dice: «Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase. El gusto de ALARCON estaba más exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, ALARCON fué envuelto en la proscripción injusta y apasionada que el siglo XVIII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional.—Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudía con entusiasmo y señalaba como la primera producción cómica del teatro francés *Le menteur*, de *Corneille*, y que nuestros serviles traductores la vestían á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban ó afectaban ignorar el original, confesado por el mismo *Corneille*, de aquella admirable pieza: *La verdad sospechosa*, de nuestro ALARCON.

Los actuales críticos, más justos ó más instruidos, han

rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Rojas y Moreto.—Las mejores comedias de ALARCON han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que tan bien merecen; la prensa ha vuelto á reproducir muchas de ellas, la crítica á analizarlas, y hasta se anuncia próxima la publicación de todo el teatro de este distinguido ingenio, recogido por el diligente esmero de los celosos editores de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Por fortuna de la gloria nacional se ha salvado, aunque en escasísimos ejemplares, el precioso tesoro de su repertorio, y puede reproducirse íntegro á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española.

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido ALARCON, pues la incuria de sus contemporáneos y su propia modestia nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra don Nicolás Antonio, que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobación de lo cual el

erudito señor Ochoa, en su *Tesoro del teatro español*, impreso en París en 1838, añade una cita de Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico, de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682, en cuyo folio 231 dice positivamente «que ALARCON nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente».—Probablemente (y esto es una presunción nuestra) sería de la misma familia del virtuoso sacerdote Don Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla.—Acaso nuestro poeta sería hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundación.—De esta manera explicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA que hoy nos ocupa.

VI.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

RESÚMEN HISTÓRICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, Segunda parte del Manual de literatura (cuarta edición, Madrid, 1831).

Hay personas que, sin embargo de hallarse dotadas de gran mérito, tienen la desgracia de no alcanzar la reputación que sus obras merecen. DON JUAN RUIZ DE ALARCON se encuentra en este caso. En vida fué escarnecido hasta por ingenios que, como Lope de Vega, no tenían el defecto de la envidia, y solían prodigar elogios excesivos á los más medianos poetas; sus mejores obras se las atribuyeron á otros; y después de muerto no se le ha apreciado como era debido, prefiriéndosele otros muchos. No obstante, merece ser colocado entre nuestros primeros escritores dramáticos; y si aquí hubiéramos de seguir únicamente nuestro propio gusto, tal vez le preferiríamos á todos, porque en él brillan más que en ninguno las cualidades que constituyen la verdadera comedia. No es tan abundante como Lope ni tan poeta como Calderon; pero tiene más profundidad, más gusto, más corrección, más filosofía. El corto número de sus obras lleva tal sello de originalidad y de vigor, que es imposible no distinguirlas de las demás. Si con alguien pudiera confundirse á veces, sería con Moreto; ambos se dedicaron, en efecto, con preferencia á los asuntos morales; y si Moreto ostenta más arte, ALARCON es más lógico y más enérgico.

Sigue, con respecto á la vida de este autor, la misma ignorancia que nos ha rodeado al tratar de otros muchos. Sabemos únicamente que nació en Tasco (reino de Nueva España) pero no en qué año; siendo oriundo de Alarcon, pueblo de la provincia de Cuenca, y perteneciendo sin duda á una familia ilustre, como lo acredita su apellido. Sin que se conozca la causa de haber pasado á España, se le encuentra en Europa en 1614, ya licenciado en leyes,

y en 1628 era relator del consejo de Indias, acaciendo su muerte en 1639. Dedicó sus obras, cuya colección es muy rara en el día, á don Ramiro Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, que era del mismo Consejo y que sin duda le protegería.

Si bien ALARCON debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no fué igualmente bien dotado por ella en cuanto á las dotes corporales. Su cuerpo desfigurado se prestaba al ridículo, y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se le tuvo. Un poeta, por lo demás bien desconocido, don Juan Fernandez, decía de él:

Tanto de coreva atrás
Y adelante, ALARCON, tienes,
Que saber es por demás
De dónde te coreo-vienes
O á dónde te coreo-vas.

No obstante, su mérito no se ocultó á la corte, y el Duque de Cea le encargó la descripción de unas funciones que hubieron de valerle algo, y de las que hizo una relación poco feliz. Con este motivo se desencadenaron todos contra él, y existe una colección de décimas en que se le satiriza cruelmente, compuestas por la mayor parte de los ingenios de la corte, sin que faltasen los de primera nota. Trasladaremos aquí algunas, para dar al propio tiempo idea de esta clase de guerra literaria en aquella época. (Quedan ya impresas todas en las páginas xxxii, xxxiii y xxxiv.)

En la Biblioteca Nacional de Madrid existen manuscritas unas seguidillas muy malas contra este poeta, de las cuales solo copiamos la que sigue: